

Catón escribió un tratado didáctico acerca de la agricultura (*De agri cultura*¹) y una extensa historia: los *Orígenes* de Roma. Uno y otro escrito tienen sólo interés científico.

CAPÍTULO III.

SEGUNDO PERÍODO ó EDAD DE ORO.

(78 ant. de J. C. á 16 desp. de J. C.)

1. En el segundo período, impropriamente llamado *siglo de Augusto*, se eleva la literatura del Lacio á tanto esplendor que rivaliza en algunos géneros, como el oratorio y el poético, con las mejores inspiraciones de la musa helena.

2. Débese tan rápido desarrollo, á más de la imitación de los ingenios griegos, no á causas políticas ni al favor de los grandes, sino al esplendente genio y á la soberana influencia del hombre en quien estriba la verdadera gloria de las letras romanas: *Cicerón*.

3. Á la verdad, en su tiempo, y no en el de Augusto, rayaron las letras á mayor altura. Proclamado el imperio, se comenzaron á manifestar síntomas de decadencia: refinóse con exceso el arte, y la elegancia llegó á los primeros confines de la afectación.

I. Poesía.

1. Abre la nueva edad TITO LUCRECIO CARO (98—55 ant. de J. C.), epicúreo, que, después de emplear mal sus eminentes facultades poéticas, se quitó la vida.

Su poema didáctico, *De la naturaleza de las cosas*, expone, en árida é indigesta disertación, el absurdo y antipoético sistema filosófico sensual y materialista de Epicuro. Lucrecio revela estro en los pasajes descriptivos; su lengua poética brilla por una energía y per-

¹ No *De re rustica*, que es el título de una obra análoga de Varrón.

fección hasta entonces desconocidas en el Lacio, y su poema no carece de arte¹.

2. Su coetáneo CATULO (87—54 ant. de J. C.), patricio romano y amigo de Julio César y de los primeros ingenios latinos, es por su originalidad, sentimiento y excelente forma, el primer lírico y el poeta más original de Roma.

Catulo y Lucrecio son los poetas en que más se trasluce el carácter romano y que debieron á esto mismo su popularidad.

Mér. princ.: *originalidad*.

3. Produjo Roma varios poetas elegíacos ó eróticos, no desprovistos de sentimiento, pero manchados con la corrupción de su tiempo. No se cansa la musa élega latina de repetir la insulsa y eterna cantinela de la belleza física de la mujer, ignorando del todo su belleza moral, cuyo mayor encanto es el pudor. No pone en escena, ni siquiera como resorte artístico, á ninguna mujer honesta; todas son cortesanas.

4. Los principales elegíacos son Tibulo, Propercio y Ovidio.

De este último hablaremos más adelante. Catulo participa, en sus elegías, de las calidades comunes á los romanos de su escuela. Mas no le hacemos figurar aquí, por ser mucho más lírico que elegíaco.

Entre los eróticos se distingue, por su mucha sensibilidad, sencillez y anhelo por un fiel amor: TIBULO (54—18?), del orden ecuestre y tan enemigo de la guerra como de la adulación: desafecto raro en un romano de su tiempo. De afeminadas y monótonas pecan sus poesías².

Mér. princ.: *sentimentalismo*.

¹ Véase el n. 5 de la p. 3.

² Sólo los dos primeros de los cuatro libros de sus elegías son íntegramente auténticos.

5. Mayor energía de estilo, ardor y más viva imaginación, pero menos sentimiento y gusto que Tibulo, manifiesta **PROPERCIO** (49—16? ant. de J. C.), hombre despreciable, que pasó su vida en la disolución.

Mér. princ.: *estro*.

Def. princ.: *afectación*.

VIRGILIO.

6. Supera en arte á todos los poetas del Lacio, Publio Virgilio Marón (70—19 ant. de J. C.), mantuano, de humilde cuna, y sencillo y candoroso de carácter.

Estudió retórica en Roma y se dedicó después á la filosofía y la poesía. Pasados algunos años, volvió á su tierra natal y se ensayó en la imitación de Teócrito, componiendo sus *Bucólicas* ó *Églogas*. Las honrosas referencias en ellas hechas á Octaviano y á los amigos de éste, valieron al poeta la protección imperial. En su célebre cuarta égloga expresa Virgilio su reconocimiento para con el soberano, celebra la paz entre Octavio y Antonio y cree que volverá la edad de oro. Sin embargo, para quien no vea reflejarse, en el admirando cantar, los vaticinios relativos á la venida del Mesías, será siempre, crítica y estéticamente mirado, un verdadero enigma este sublime arranque poético tan aun y aun superior á la musa virgiliana.

7. Algunos años más tarde, le indujo Mecenas á escribir las *Geórgicas*, poema didáctico acerca del cultivo de la *tierra* y de los *árboles*, y la crianza del *ganado* y de las *abejas*¹. Proponíase el ministro de Augusto reanimar con estos poemas el amor de los romanos á la agricultura. Las *Geórgicas*, singularmente la cuarta, son su obra maestra: en ellas es original y romano.

8. Después de la victoria de Octavio, empleó Virgilio su talento de preferencia en glorificar al nuevo

¹ Tal es, respectivamente, el asunto de los cuatro cantos que componen el poema.

emperador y su poderosa dinastía. Íntima amistad uníale á Mecenas y Augusto; era el alma de la brillante corte poética de Roma. Deseoso el César de perpetuar la gloria de su casa, sugirió al poeta la idea de cantarla en una epopeya. Así compuso Virgilio la *Eneida*; en la cual narra las peregrinaciones de Eneas, después de la destrucción de Troya; su arribo á Italia y las sangrientas luchas que sostuvo para fundar en ella la cuna de Roma y del romano imperio. Hace tronco de la dinastía julia al héroe de Ilión, ensalzando así también al pueblo romano.

En escribir su epopeya ocupó los postreros años de su vida. Á fin de darle la última mano, se fué á Grecia. Allí se encontró con Augusto y disponíase á volver con él, cuando enfermó. Murió al llegar á Italia. Poco antes de morir, ordenó á dos de sus amigos quemar el manuscrito de la *Eneida*, que no había tenido tiempo de pulir¹. La orden no fué obedecida y Augusto hizo publicar el poema.

9. No desconociendo ninguna de las grandes dotes poéticas de Virgilio: ni su perfectísimo lenguaje, ni la insuperable belleza y armonía de su verso, ni la brillantez de muchas narraciones de la *Eneida* y descripciones de las *Geórgicas*, ni el acabado arte que despliega, sobre todo en los detalles, debemos, sin embargo, decir que ha sido excesivamente admirado. En su conjunto, es frío; deleita siempre; maravilla á menudo; jamás arrebatada. ¿Por qué? Porque sus personajes no tienen vida ni fisonomía propia; porque el poeta no tiene espontaneidad ni profundas convicciones religiosas², ni elevado ideal ético; porque no sabe sondear las honduras del corazón humano; en una palabra, porque, aun siendo gran poeta

¹ Parece que el instinto poético le hizo conocer la debilidad de su epopeya.

² Véanse la *Reflexiones generales* pág. 2 y sg.

JÜNEMANN, Historia de la literatura. Ed. 2.

que conoce todos los secretos del arte, no le fueron dados ni la fuerza creadora ni el divino fuego del genio.

HORACIO.

10. Si Virgilio, imitando y no pocas veces plagiando, se ilustró en la poesía épica, ilustróse en la lírica, imitando también, Quinto Horacio Flaco (56—8 ant. de J. C.), venusino, el creador de la sátira.

Hijo de un liberto rico, tuvo los mejores maestros en Roma y en Atenas, y pasó su primera edad rodeado de la amorosa solicitud de su padre; quien, no contento con educarle al modo de los patricios, le crió con todo el fausto propio de los aristócratas. Familiarizóse Horacio en Atenas con los tesoros de la literatura griega, en particular con Homero; de quien aprendió, sin duda, la entonación viril y alta, que hasta entonces ignoraba la lira romana. En la guerra civil que sobrevino después de la muerte de César, peleó contra Octaviano en Filipos. Allí, según él mismo cuenta con ironía no poco cínica, arrojó su escudo y huyó precipitadamente. Volvió á Roma, en donde merced á la amistad de Mecenas y luego á la de Octavio, salió de la estrechez en que á la sazón vivía. Desde entonces pudo poner por obra sus principios filosóficos, que tan en consonancia estaban con su carácter. Huía muchas veces de la corte, cuya agitación le desagradaba, é íbase á la apacible Tívoli. Era tan enemigo de los aplausos como de la ambición. Jamás pudo Augusto hacerle aceptar ninguna de las encumbradas dignidades del imperio. Inteligente discípulo de Epicuro, dábase con moderación á los placeres. «La vida es breve; luego gocemos de ella»: tal era su máxima; tal es también el argumento frecuente de sus odas. De este modo pasó su vida, rodeado de sus familiares: Augusto, Mecenas y Virgilio. Su modestia y la lealtad que guardaba á sus amigos, hacen olvidar algún tanto su refinado epicureísmo. Merecen notarse, como rasgos

interesantes de su carácter y de su vida, la independencia que conservó con respecto al señor del mundo y la sincera y estrechísima amistad de éste con el hijo del liberto¹.

11. Como poeta lírico, falta á Horacio el verdadero fuego de la inspiración. Su sentimiento carece de aquella profundidad que sólo la convicción religiosa y el sentido moral son capaces de comunicarle. Por eso, admira, pero no conmueve. Sin embargo, es tanta la concisión y fuerza de su estilo, tan atrevido y feliz su lenguaje, tal la vehemencia de su imaginación y el esplendor de sus imágenes, tan rico y flexible su ingenio y tanta la armonía de su verso, que el lector, arrebatado de entusiasmo, no advierte de ordinario la ausencia del fuego interno, que no viene sino del corazón. Sus grandes condiciones líricas y su grave defecto están como encarnados en su oda á Druso (l. IV, 4), su más bella y más pindárica inspiración.

12. Género más acomodado á su carácter y en el cual aparece también, por lo tanto, más original, es el de la sátira. Sus *Epístolas* poco se diferencian de sus *Sátiras*. En unas y otras hace gala de una fina y placentera ironía, de profundo buen sentido y de un estilo agradabilísimo, extremadamente móvil, que llega hasta la familiaridad, sin ser nunca trivial.

Una de sus epístolas, la *á los Pisones*, llamada comúnmente *Arte poética*, es un breve, elegante y apreciable tratado de la poesía, con especialidad, de la dramática.

¹ Como Horacio fuese de pequeña estatura y abultado abdomen, le llama Augusto en sus cartas *hombrecillo montísimo*. En otra ocasión, le envía Horacio una colección de sus poesías. Augusto la encuentra pequeña y le contesta con el abandono propio de la amistad: «Me parece que temes sean tus libros mayores que tú. Pero, si talla te falta, ne te falta grosura. Escribe, pues, si te cuadra, en un media pinta, con tal que su diámetro sea igual á tu abdomen.»

13. Así como Virgilio no es grande en la epopeya, así tampoco lo es Horacio en la oda. Pero ambos merecen el título de *grandes poetas*.

Mér. principal: *vigor y flexibilidad*.

Def. princ.: *falta de sentimiento*.

OVIDIO.

14. Supera en ingenio poético á Virgilio y Horacio, mas es inferior á ellos en gusto y perfección artística, Publio Ovidio, denominado *Nasón* (43 ant. de J. C. á 17 desp. de J. C.), de Sulmona. Siendo de familia ecuestre, recibió esmerada educación en Roma y Atenas. Abandonó la carrera judicial, á que le destinaba su padre; porque *furtivamente* (así refiere él mismo) *le arrastraba la Musa á su taller*. Quería olvidarla. Pero *lo que hablaba, resultaba verso*: había nacido poeta. Á la edad de veinte años dió de mano á todo, para entregarse á las letras y á los goces de la vida. Sus brillantes partes poéticas le conquistaron muy pronto admiradores, la amistad de los más ilustres talentos de la época y la decidida protección de Augusto.

15. Pero de súbito, sin causa conocida¹, le retiró el soberano su favor y le desterró al Ponto Euxino (el Mar Negro). Allí pasó el desventurado poeta los últimos años de su vida, lamentando su desgracia y adulando vilmente al déspota, que no por eso se aplacó.

16. Durante su destierro compuso las elegías, denominadas los *Tristes*, y las *Epístolas del Ponto*, quejumbres inacabables y fastidiosas, casi del todo, ó mujeriles ó fingidas. Mayor frivolidad aún se nota en sus obras eróticas, en que ya enseña (aunque en magistral forma y gracia) el *Arte de amar*, ya señala los *Remedios del amor*; ora cuenta sus propios *Amores*, ora hace que los cuenten en cartas, *Heroidas*, algunos personajes célebres; ora, finalmente, describe los *Medicamen-*

¹ Probablemente fué razón política.

tos (afeites) *del rostro*, empleados por las mujeres. Sus *Fastos* son un calendario poético de las fiestas religiosas de Roma.

17. Pero todo este cúmulo de insignes necedades poéticas hubiese acarreado á Ovidio el desdén de la posteridad, si no escribiera el poema de las *Metamorfosis*, que le ha inmortalizado.

Ni en inventiva, ni en espontaneidad, ni en gracia y colorido nada tiene la literatura del Lacio que compararse pueda á la brillantísima y deslumbradora imaginación que anima las *Metamorfosis* y sabe variar y unir con el más exquisito arte esa extensa serie (246) de leyendas mitológicas.

Frívolas en apariencia, presidelas, con todo, un alto pensamiento moral: el del castigo que reciben las pasiones humanas desbordadas y que es la causa última de las mil transformaciones en el poema referidas.

Como jugando, atraviesa la fantasía de Ovidio todas las regiones poéticas, desde las más humildes hasta las más sublimes. Parece como que una vara mágica hiciera brotar esos versos, por todo extremo espontáneos, y esos tesoros de poesía, en los cuales, si bien hay alguna arena de difusión y mal gusto, resplandece siempre un gigantesco talento poético, muy semejante y cercano al genio.

Mér. princ.: *riqueza y gracia de fantasía*.

Def. princ.: *difusión y algún conceptismo*.

2. Prosa.

1. La historia no tardó en referir las grandezas de Roma: sus inmensos dominios, incontables guerras, hazañas, héroes y victorias. Ningún pueblo de la tierra ha presentado jamás á sus historiadores tan vasto y glorioso asunto.

La más antigua historia romana, la única original de la literatura latina, tiene por autor á CAYO JULIO CÉSAR

(100—44 ant. de J. C.), no menos grande como orador y escritor que hombre de estado y militar. Distinguióse primero en la oratoria, y se engolfó pronto en los negocios políticos. Fué, juntamente con Craso y Pompeyo, miembro del primer triunvirato. Tocóle como provincia la Galia, poblada de belicosos é indómitos pueblos. Tras de una campaña sangrienta de nueve años, la sometió. En tanto había muerto Craso. No le quedaba ya otro rival que Pompeyo. El cual, celoso de la gloria y genio militar de César, obtuvo un senadoconsulto que ordenaba al vencedor de la Galia dimitir el mando y licenciar el ejército. César desobedeció. Entonces avanzó rápidamente con sus huestes hacia Roma; pasó el Rubicón, límite de su provincia; entró en la ciudad y persiguió á Pompeyo, que huyó á Farsalia. Mientras allí se reunían las legiones pompeyanas, conquistó César con la rapidez del rayo la España, destrozó luego á Pompeyo en los campos farsálicos y anonadó los últimos ejércitos republicanos en África é Iberia. Celebró sus portentosos triunfos, proclamóse dictador y cayó poco después bajo el alevé puñal del conspirador Bruto.

2. Este gran capitán, uno de los más grandes que ha visto el mundo, escribió con parcialidad, pero con viveza, sencillez y elegancia, la historia de sus mayores campañas militares, en los *Comentarios sobre la guerra de las Galias* y los *sobre la guerra civil*. Más que una obra histórica, artificiosamente dispuesta, presentan los Comentarios la ingenua y agradable forma de un diario militar.

El octavo libro de la Guerra gálica es de Hircio, y de autores desconocidos son las relaciones de las guerras alejandrina, africana y española.

3. Discípulo de Tucídides, estudió y copió su concisión, mas no su profundidad, **CRISPO SALUSTIO** (87 á 35? ant. de J. C.), hombre vicioso y corrompido, pero en sus obras, panegirista de la virtud.

César, de quien era partidario, le hizo procónsul de África; en donde, por medio de la concusión, reunió inmensas riquezas, con que edificó en Roma un soberbio palacio y formó los famosísimos jardines, llamados *salustianos*.

Poca filosofía é imparcialidad, aunque sumo arte y magistrales retratos, se hallan en su historia *De la conjuración de Catilina* y en la *De la guerra de Yugurta*.

Su *Historia general de Roma* no se conserva.

4. Considérase á **Cornelio Nepote** (199—24? ant. de J. C.) como autor de las (25) *Vidas de los grandes capitanes*, obra histórica mediocre.

De la vida de Nepote no se sabe sino que fué amigo de Cicerón y de algún otro personaje distinguido de la época.

5. Aun menos criterio, filosofía y espíritu de investigación que Salustio, manifiesta el principal historiador del siglo, *Tito Livio* (59 ant. de J. C. á 17 desp.), natural de Padua.

Pasó la mayor parte de su vida en Roma, disfrutando la amistad y protección de Augusto, quien le permitió consultar todos los archivos públicos. No obstante, ningún partido sacó de tal concesión para su *Historia romana*. En ella no busca otra cosa que los primores del arte: el interés y la belleza de la narración y la variedad y el brillo del estilo. Descuella, con efecto, en el arte; pero de ningún modo en la historia.

De su obra, que constaba de 142 libros (desde la fundación de Roma hasta la muerte de Druso, 9 ant. de J. C.), no quedan más que 35 (1—10. 21—45).

6. De la *Historia de Filipo*, escrita por **Trogo Pompeyo** del tiempo de Augusto, no existe sino un extracto, hecho por Justino.

CICERÓN.

7. Todos los nombres ilustres en los fastos de las letras latinas, no bastaran para conquistar á éstas la gloria literaria de que gozan, si no las irradiara la nobilísima y excelsa figura y el genio de *Marco Tulio Cicerón* (106—43 ant. de J. C.—fig. 8). Ningún hombre de

letras ha reunido jamás tantos títulos capaces de excitar la admiración del mundo. Grande escritor, gran sabio, esclarecidísimo orador, insigne patriota, político no pequeño; nada le falta para la verdadera grandeza.

8. Nació de ilustre linaje en Arpino. Tuvo en su juventud excelentes maestros y dió desde luego señaladas muestras de talento literario y poético y de firmeza de carácter. Á la edad de veintiséis años comenzó su carrera de orador; fué pronto investido de altas dignidades civiles y hecho cónsul. Como tal, sofocó la temible conjuración de Catilina.

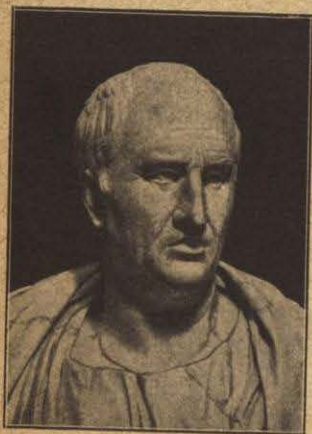


Fig. 8. Cicerón.

Más tarde le envió el senado como gobernador á Cilicia. Allí derrotó á los partos. En la guerra civil entre César y Pompeyo, abrazó la causa de éste; y sin traicionarla después de la derrota, supo conservar el favor de aquél. Asesinado César, fué Cicerón el enemigo irreconciliable de Antonio y el inspirador de to-

dos los enérgicos senadoconsultos en pro de la guerra que los cónsules y el joven Octaviano le movían. Poco después se retiró á su predio de Túsculo; en donde el vengativo triunviro le hizo proscribir y asesinar villanamente.

9. Á los géneros oratorio, didáctico y epistolar pertenecen las obras de Cicerón.

En sus discursos muéstrase conocedor perfecto, no sólo de todos los grandes y pequeños resortes del arte, sino también de la naturaleza humana entera y de cuantas pasiones la agitan y sentimientos la animan. Las tumultuosas asambleas populares de Roma no pueden ser ni

calmadas ni dominadas, sin que el orador una á la fuerza del razonamiento el calor suave de la emoción. Dura es el alma del romano; de hierro, su voluntad; su corazón, soberbio. No es ni voluble ni afeminada la raza del Lacio, como la de Atenas, á la cual Demóstenes tiene que doblegar y aterrar con entrecortada y concisa frase y la vehemencia de la pasión. El orador romano, que, cuando quiere, sabe también lanzar rayos contra Verres y Catilina y Antonio, en sus *Catilinarias*, *Verrinas* y *Filípicas*, y desplegar toda la ira y magnificencia demosténicas; el orador romano conoce á su pueblo.

Por lo cual le subyuga con esa elocuencia convincente, tranquila, pomposa y patética, con ese galano decir y esos períodos numerosos, que se deslizan blanda y armoniosamente, y que, cautivando el oído, ganan el corazón. Con ser infinito su arte, acierta, sin embargo, á ocultarlo hábilmente y en sus oraciones enérgicas parece ceder á la inspiración del momento. Tal vez le arrastra su inmensa abundancia á la difusión. Pero aun entonces, su inimitable instinto artístico y delicadísimo gusto no le permiten ni decaer ni traspasar los límites de la belleza.

10. Dividense en *retóricos* y *filosóficos* los escritos didácticos de Cicerón. Pensador vigoroso y original se manifiesta en unos y otros, y su pluma, despojada de la grandilocuencia oratoria, chispea vivamente con sencilla gracia y elocuencia y el más puro aticismo. Imitando á Platón, escribió, generalmente y con acierto en forma de diálogo, sus tratados didascálicos. En filosofía sostiene siempre las doctrinas más conformes á la dignidad humana. Bellísimamente desarrolla en la *Naturaleza de los dioses* y en las *Cuestiones tusculanas* las altas ideas religiosas y morales que iluminaban su mente. Con igual maestría pinta en los *Deberes* un cuadro práctico de pura y elevada moral.

11. Hasta sus cartas familiares¹ se distinguen por la sencilla elegancia, propia del género, y un aire de abandono que no excluye el arte. Con idéntico agrado y utilidad las consultan el historiador y el literato: uno por los muchos y preciosos pormenores que dan de las costumbres romanas; el otro porque ve en ellas el más acabado modelo del arte epistolar.

12. Tal es, en ligera reseña dibujada, la colosal figura de Cicerón; el hombre cuya gloria y popularidad nada han sufrido después de veinte siglos; que era el ídolo de la antigüedad, la admiración de los tiempos medios, el orgullo de los modernos, y que maravilla y electriza todavía á los hijos de nuestra tan fría y tan poco estética edad. Admiramos á Demóstenes, como los antiguos le admiraban, pero no nos infunde la viva simpatía que sentimos por Cicerón.

13. ¿En qué se funda la diferencia? ¿En qué descansa la singular y gloriosa inmortalidad del orador romano?

Fúndase aquélla en que Demóstenes tiene más colorido local y de circunstancias que Cicerón y en que sólo es fuego y sólo orador. Mientras Cicerón, que aun en la elocuencia no ha cesado ni cesará de disputar la palma al grande ateniense, añade á su poderoso talento oratorio, aquel otro talento en que no ha tenido ni tendrá probablemente rival: el de escritor.

14. Á la verdad, en todas sus obras resplandecen sus incomparables dotes de escritor. Es tan grande cuando escribe una carta, como cuando pronuncia una de esas soberbias arengas que maravillan y suspenden; tan grande, cuando formula una árida definición filosófica, como cuando se eleva á la región celeste de los sublimes problemas del alma humana. Sólo un hombre dotado de sin igual flexibilidad y fuerza de espíritu,

¹ Consérvanse 800, pertenecientes á los veinticinco últimos años de su vida.

de poderosa inventiva y un raro don de asimilación, pudo componer el asombroso¹ número de obras que él compuso. De admirar fuera tanta fecundidad, aun cuando hubiese consagrado toda su vida al cultivo de las letras. Pero la admiración sube de punto, si se atiende á que fué hombre público y de muy agitada y laboriosa vida. Y en estupor se convierte el asombro si se consideran la nunca vista elegancia, perfección y armonía de todos sus escritos.

15. No se sabe qué admirar más en el mayor de todos los escritores: si la facundia, elocuencia y gusto, ó si la gentileza del estilo y la suavidad del lenguaje. Bajo cualquiera de estos aspectos que se le mire, no ha tenido quien le supere. En tersura aventaja á todos; en ritmo nadie compite con él.

Él es el artífice excelso y el rey de la palabra humana. Nadie ha estudiado como él ni conocido tan á fondo todo el poder y toda la magnificencia del lenguaje puesto al servicio de una superior inteligencia, de una imaginación fecunda y de un oído incomparablemente fino.

El período ciceroniano recorre toda la escala de los tonos musicales, sin que jamás resulte una nota desahagible ni una sola inflexión falsa ó impropia de la idea. Y ese inmenso raudal de armonía se desliza, produciendo siempre nuevos y gratisimos sonidos. Con tal fluidez y cadencia vierte su copiosa y elocuente palabra que, aun sin entenderle, se le puede leer con fruición.

16. Si entre tantas obras maestras como brotaron de su incansable pluma, se nos pidiera que señaláramos una de las más bellas, nos decidiríamos por el diálogo *Sobre la vejez*, que da una idea cabal de su arrebatadora elocuencia y de la gracia suma de su estilo.

Con aquel su ingenio agudísimo, aquella riente imaginación, aquel tono sincero de profundo convencimiento, anonada allí cuantas objeciones se formulan contra la ancianidad; y la pinta, ya sencilla, ya su-

¹ Fuera de los numerosísimos escritos que de él se conservan, compuso 40 discursos y muchos otros libros, que se han perdido.

blimemente, como la tarde de un sereno pero laborioso día, en la cual el hombre de bien mira complacido la jornada que acaba de hacer y se duerme con la dulce esperanza de que, tras la noche estrellada de la muerte, ha de nacer el sol de la inmortalidad.

CAPÍTULO IV.

TERCER PERÍODO. — DECADENCIA.

(Desde la muerte de Augusto, a. 16, hasta la de Boecio, a. 526.)

1. Poesía.

1. El mal gusto (que ya comienza á manifestarse claramente en las obras de Ovidio) fué cundiendo hasta corromper del todo las letras y la lengua. Tal fué, á no dudarlo, la causa primera de su decaimiento; aunque influyó no poco en él la pérdida de la libertad política, el despotismo de los césares, su odio á las letras, la corrupción de costumbres y el rápido desmoronamiento del imperio.

2. Del todo contagiado con la hinchazón literaria se presenta el conocido filósofo moralista **Lucio Aneo Séneca** (24 ant. de J. C. á 65 desp.), hijo de un retórico romano, Marco Aneo Séneca. Nació en Córdoba, y fué maestro de Nerón. Acusado de conspirar contra el emperador, se suicidó.

De las (7) tragedias que corren con su nombre, y que generalmente se le atribuyen, sólo la *Medea* parece ser auténtica.

3. **Marco Aneo Lucano** (39—65), natural de Córdoba, fué amigo de Nerón. Pero, como se atreviese á competir en una justa poética con el tirano, que había dado en la manía de creerse poeta, y obtuviese el premio, perdió su favor; tomó parte en una conspiración contra él, fué condenado á muerte y se mató abriéndose las venas.

En la *Farsalia* intentó cantar épicamente la célebre batalla del mismo nombre. Pero su poema nada tiene de épico. Hay alguna novedad en la parte descriptiva. Por lo demás, es un amasijo de huecas declamaciones y extravagancias.

(4. Apenas merecen nombrarse los miserables y culteranos poetas épicos y serviles imitadores de los griegos: **Valerio Flaco** [289?], autor de las *Argonáuticas*, en que imita á Apolonio de Rodas; **Silio Itálico** [25—101], que escribió las *Púnicas* [guerras]; y **Pablo Estacio** [245 á 96?], que en la *Tebaida* se propuso cantar la contienda civil entre los hijos de Edipo.)

5. Con más éxito que la epopeya, fué cultivada la sátira en este tiempo; el que, por la relajación general de costumbres, ofrecía abundosa materia á los espíritus mordaces.

6. Criticó en obscuro, aunque enérgico estilo, y sin acritud, la corrupción de la época **Aulo Persio Flaco** (34—62), hombre de intachables costumbres y de elevada alcurnia, que contemplaba sin ira las miserias de su pueblo.

7. Con nerviosa pero á menudo declamatoria elocuencia, fustiga el iracundo **DÉCIMO JUNIO JUVENAL** (siglo I y II) los vicios y crímenes de aquella sombría edad. Pero lo hace con una acrimonia tal que permite poner en duda la sinceridad de su sátira.

De su vida sólo se sabe con certeza que nació en Aquino. — Quedan de él 15 sátiras; espuria es la 16ª.

8. Un gran número (1500) de epigramas, en parte ingeniosos, generalmente malos, de estragado gusto y licenciosos, escribió el poeta hispano **MARCIAL**, del tiempo de Nerón.

9. En las *Fábulas* de **Fedro**, liberto de Augusto, de las cuales las más son imitaciones de Esopo, no se halla sino cierta gracia de estilo.

2. Prosa.

(1. Ni criterio ni mérito formal tienen los historiadores *Valerio Patriculo* y *Valerio Máximo*, del siglo I.)

TÁCITO.

2. La única figura verdaderamente luminosa de un siglo de tanta corrupción literaria es Cornelio Tácito (siglo I). Estudió con detención la retórica y desempeñó las más importantes magistraturas del imperio.

3. De los escritos que se le atribuyen, le pertenecen: la *Vida de Agricola*, su suegro; con la cual creó la biografía; *De los germanos*, la más antigua descripción de la Germania y de las costumbres de sus habitantes; y las dos extensas obras: *Historias* y *Anales*. Aquéllas comprenden desde la caída de Nerón hasta Tra-